

# ILIRIOS Y MACEDONIOS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO IV A.C. LA CONSTRUCCIÓN DE TERRITORIALIDAD COMO CLAVE INTERPRETATIVA

## ILLYRIAN AND MACEDONIANS DURING THE FIRST HALF OF THE FOURTH CENTURY. TERRITORY FORMATION AS INTERPRETATIVE KEY

Javier Norberto Núñez<sup>1</sup>

Recibido: 20/11/2021 · Aceptado: 09/05/2022

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfiii.35.2022.32264>

### Resumen

El artículo repasa las relaciones entre macedonios e ilirios entre principios del siglo IV y la victoria de Filipo II sobre Bardileo en el 358 a.C. Se describen sus disímiles modalidades de construcción de la autoridad política y organización territorial, concibiéndolas como claves para comprender el modo en que se expandieron los ilirios durante ese período, las características que tuvieron esas relaciones y las formas de la recuperación macedonia posterior.

### Palabras clave

Antigua Macedonia; Iliria; territorialidad; autoridad política

### Abstract

The article describes Macedonian and Illyrian relationships from the beginnings of the fourth century up to Philipp II's victory over Bardalys in 358 BC. Modalities of political authority construction and territorial organization are considered keys in the comprehension of the Illyrian expansion during that period, the characteristics of those relationships and the later Macedonian recovery.

---

1. Universidad de Buenos Aires. C. e.: [javiern1991@gmail.com](mailto:javiern1991@gmail.com). ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1738-7881>

## Keywords

Ancient Macedonia; Illyria; Territoriality; Political authority

.....

## 1. INTRODUCCION

En el año 358 a.C., el ejército macedonio comandado por Filipo II se enfrentó a las fuerzas ilirias, conducidas por el rey Bardileo. Tras décadas de incursiones en el norte de Grecia, con reiteradas invasiones contra macedonios y epirotas, el enfrentamiento con los ilirios constituía una apuesta fuerte del Macedonio: la batalla podía reconfirmar su posición y entregarle el control de la Alta Macedonia o, por el contrario, llevarlo al mismo destino que Pérdicas III, que apenas unos años antes había encontrado la muerte junto con buena parte de la nobleza de su Reino<sup>2</sup>. El desenlace es, desde ya, conocido: los ilirios fueron masacrados, se retiraron de las tierras reclamadas por los argéadas desde comienzos del siglo V a.C. y Filipo obtuvo un reconocimiento que, rápidamente, le permitió extender su influencia sobre Tesalia y Epiro<sup>3</sup>.

Incorporada en la fugaz expansión macedonia de mediados del siglo IV a.C., la derrota iliria suele ser subsumida en una narrativa –no ajena a las fuentes clásicas (Diodoro, Justino)– que la reduce a un triunfo más de Filipo. Las causas de semejante expansión han sido objeto de debate. En la antigüedad, las victorias macedonias solían ser remitidas a los rasgos personales, usualmente negativos, de Filipo. La recepción de los discursos de Demóstenes no fue ajena a esta mirada<sup>4</sup>. En las últimas décadas, el foco en las cualidades del monarca<sup>5</sup>, ha sido combinado con el peso de las innovaciones militares<sup>6</sup> o con la particular forma de organización territorial macedonia para dar cuenta del ascenso de un reino relativamente periférico<sup>7</sup>.

Este artículo propone retomar la coyuntura en que Filipo enfrentó a los ilirios, colocando el foco en las particulares formas de organización territorial tanto de macedonios como de ilirios. Se enfatizará cómo el papel de estos últimos durante la primera mitad del siglo IV a.C. no debe ser tomado únicamente en una clave negativa, disolvente de los macedonios. La dimensión productiva de conflictos regulares tuvo consecuencias ambiguas sobre los macedonios, aún cuando –hasta Filipo– el Reino se encontraba en una situación subordinada. Las luchas entre los ilirios de Bardileo y Macedonia pueden ser comprendidas a partir de la particular forma de organización territorial de entramados tribales en formación. En tanto,

2. Greenwalt, William: «Macedonia, Illyria and Epirus», en Roisman, Joseph & Worthington, Ian. *A companion to Ancient Macedonia*, Oxford, Blackwell, 2011, pp. 277-305.

3. Just, VII, 6

4. Jaeger, Werner: *Demóstenes*, México, FCE, 2017.

5. Worthington, Ian: *By the spear: Philip II, Alexander the Great, and the rise and fall of the Macedonian Empire*, New York, Oxford University Press, 2014; Ellis, John: «Macedon and North-West Greece», en Boardman, James, Davies, John, y Ostwald, Murray, *The Cambridge ancient history, VI, The Fourth century BC*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 723-757.

6. Mann, Michael: *Las fuentes del poder social*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.

7. Hatzpoulos, Miltiades: *Macedonian Institutions Under the Kings: A historical and epigraphic study (2 tomos)*, Atenas, Kentron Hellēnikēs kai Rōmaikēs Archaioetētos, 1996; Sprawski, Stawomir: «The early Temenid kings to Alexander I», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian, *A Companion to Ancient Macedonia*, Londres: Wiley-Blackwell, 2011, pp. 127-144.

la posterior recuperación macedonia se entroncó en la espacialidad específica de este Reino. La derrota de Bardileo se ubica en una coyuntura crítica pero puede ser comprendida a través de los cambios en la estatalidad macedonia que anticipaban a los reinos helenísticos de los siglos posteriores.

El artículo empieza aportando una serie de claves conceptuales en relación a la espacialidad de macedonios e ilirios. Luego, los dos siguientes apartados repasan, primero, la expansión iliria en tiempos de Amintas III, y, luego, en la década siguiente, hasta la victoria de Filipo II.

## 2. REINOS, TRIBUS Y CIUDADES: SOBRE ESTADOS Y TERRITORIOS

La heterogeneidad de formas de organización política fue una característica intrínseca de los Estados premodernos. El norte de Grecia hacia mediados del siglo IV a.C. no fue, desde ya, una excepción; al contrario, Macedonia –un reino de características particulares, únicas en el Egeo– limitaba con distintos entramados tribales, con diversos grados de organización y centralización (peonios, grupos ilirios, los odrisios de Tracia), pequeñas poleis autónomas, otras hegemónicas por los calcideos de Olinto o, finalmente, agrupadas como los tesalios, quienes también poseían una forma de integración territorial segmentada, frágil y con varios niveles y grados de autonomía.

Estos modos de organización espacial pueden ser tomados como un contexto de la expansión de ilirios y macedonios, constituyendo, así, una suerte de marco de la batalla entre Filipo II y Bardileo. Aquí, en cambio, se busca abordar cómo las construcciones de territorialidad propias de esas formas de centralización dieron lugar a una configuración particular de intercambios y relaciones, de modo tal que dicha batalla resultó configurada –por emplear la expresión de Elías<sup>8</sup>– por el conjunto de modalidades a través de las cuales se organizaba el territorio y se desarrollaban –con variada intensidad– rudimentarias formas estatales.

Para tal objetivo, resulta necesario elaborar dimensiones que permitan comprender y comparar los modos de centralización propios de un reino personal (Macedonia) y de un entramado tribal relativamente desarrollado (ilirios). Estas dimensiones pueden ser tomadas como modelos –en especial en relación a los ilirios–, cuyo valor heurístico radica en facilitar la comprensión de las fuentes histórico-literarias que narran la coyuntura de mediados del siglo IV a.C.

Las dos dimensiones remiten a la construcción de asimetría política y la organización del territorio. En esta sección, se las repasará primero en relación

---

8. Elías, Norbert: *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

al Reino de los macedonios y luego de los ilirios. En los apartados posteriores, se reconstruirán las décadas previas al 358 a.C.

## 2.1. TERRITORIALIDADES SEGMENTADAS: EL REINO DE LOS MACEDONIOS

Resulta un lugar común decir que, en el conjunto del Egeo, los reyes de los macedonios constituían una institución particular, incluso extraordinaria<sup>9</sup>, apartada de las poleis griegas que habían gradualmente desmonopolizado a los *basileis* a partir del siglo IX a.C.<sup>10</sup>. Los monarcas de la dinastía argéada habían conservado atributos que eran marginales entre los espartanos o que habían quedado reducidos a funciones religiosas en otras ciudades<sup>11</sup>. Si bien a partir del siglo IV a.C. se produjo una recuperación de las formas personalizadas de poder político, que se extendería durante el helenismo, la corte de Pella no dejaba de ser, todavía al ascenso de Filipo, una rareza, caracterizada –para los griegos– por su inestabilidad e intrigas.

Estas especificidades favorecieron una agenda de investigación respecto a estos monarcas que colocaba el acento en sus relaciones con la asamblea, el estatuto de los militares y la nobleza en ella y la eventual autonomía del monarca frente al resto de los macedonios<sup>12</sup>. En efecto, este abordaje permitía trazar cierta génesis de las instituciones helenísticas, anticipando, así, a los reyes carismáticos de los siglos III y II a.C.<sup>13</sup>.

Más allá de los aportes de este tipo de análisis, para los objetivos de este artículo resulta de mayor importancia las modalidades en que los argéadas organizaban los territorios de su reino y sus consecuencias sobre la posición asimétrica del monarca. En efecto, el modo en que el *basileus* se vinculaba con distintos espacios no constituía únicamente una consecuencia de sus capacidades, recursos y su relativa independencia de la asamblea. La espacialidad del reino de los macedonios reforzaba y explicaba la persistencia de esta institución personalizada.

Al respecto, en las últimas décadas se ha tendido a revalorizar las consecuencias de las expediciones de Mardonio, primero, y de Jerjes, segundo, sobre el norte de Grecia<sup>14</sup>. El antiguo reino macedonio resultó sustancialmente modificado por los

9. Luragui, Nino: «One man government: The Greeks and Monarchy», en Beck, Hans, *A companion to ancient Greek government*, London: Wiley-Blackwell, 2013, pp. 131-145.

10. Gherke, Hans: «States», en Raaflaub, Kurt y Van Wees, Hans, *A companion to archaic Greece*, London, Blackwell, 2009, pp. 395-410.

11. Luragui, Nino, *op. cit.*

12. Hammond, Nicholas: «The Kingdoms in Illyria circa 400-167 B.C.», *The Annual of the British School at Athens*, 61 (1966), pp. 239-253.

13. Habicht, Christian: *The Hellenistic monarchies: selected papers*, Detroit: University of Michigan Press, 2006.

14. Sprawski, Sławomir: «The early Temenid kings to Alexander I», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian, A

persas, quienes convirtieron a sus monarcas en rudimentarios dinastas, otorgándoles el reconocimiento de una serie de dominios que excedían por mucho los cortarnos del núcleo original de la Baja Macedonia. La deportación, por lo menos parcial, de los peonios extendió el reino hacia el oriente, incorporando una serie de «nuevas tierras»<sup>15</sup>. En tanto, la Alta Macedonia –una región montañosa, lindante con los ilirios y con Epiro– también fue otorgada, aunque el control era, en el mejor de los casos, débil, sino inexistente por completo. Durante los siglos V<sup>16</sup> y IV a.C<sup>17</sup>, los argéadas buscaron asegurar el dominio sobre esta área, sin obtener resultados duraderos hasta el ascenso de Filipo II<sup>18</sup>.

Por tanto, el Reino de los macedonios estaba lejos de constituir una unidad territorial homogénea a su interior, como si el monarca rigiera sobre un conjunto discreto y continuo de súbditos, que le debían algún tipo de lealtad personalizada. Los trabajos de Hatzopoulos han avanzado considerablemente en el análisis de la espacialidad macedonia, discutiendo la narrativa tradicional que asumía que, previo a Filipo y Alejandro, el área carecía de ciudades y de una estatalidad semejante a la de la polis griega. Por el contrario, cabe distinguir tres grandes áreas –las tierras «viejas», las «nuevas» y la Alta Macedonia– existiendo en las dos primeras formas de ciudadanía emparentadas con las del resto de Grecia<sup>19</sup>.

El registro de inscripciones, en particular de las emanadas por asambleas locales, permitió discutir las similitudes establecidas por Hammond entre las modalidades de nucleamiento tribal de las áreas montañosas y las formas de organización del núcleo macedonio original<sup>20</sup>. Si bien la adopción de formas políticas semejantes a las del resto de Grecia se aceleró a mediados del siglo IV a.C., la oposición tradicional entre Macedonia y la polis ya no resulta sostenible.

Ahora bien, el caso de las «tierras nuevas» –situadas al norte de la Liga Calcídica– complejizó los balances internos del Reino de los macedonios, bridando elementos para entender la asimetría personalizada del monarca. Un fragmento de Diodoro relata como algunas ciudades fueron entregadas a los olintios durante una invasión iliria, en un contexto en que Amintas III era incapaz de defenderlas<sup>21</sup>. Hatzopolus<sup>22</sup> ubica estas poleis en las tierras nuevas, explicando su cesión a partir de un estatuto diferenciado respecto al núcleo de

---

*Companion to Ancient Macedonia*, Londres: Wiley-Blackwell, 2011, pp. 127-144.

15. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

16. Th. IV, 83, 124

17. Just, VII, 4

18. Greenwalt, William, *op. cit.*

19. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

20. Hammond, Nicholas: «The «Koina» of Epirus and Macedonia», *Illinois Classical Studies*, 16, 1/2 (1991), pp. 183-192; Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*; Mcinerney, Jeremy. «Polis and koinon: federal government in Greece», en Beck, Hans, *A companion to ancient Greek government*, London: Wiley-Blackwell, 2013, pp. 466-479.

21. D.S, XIV, 92.

22. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

la Baja Macedonia: las «tierras nuevas» suponían una suerte de propiedad –o aunque sea de dependencia– personal del monarca, escindidas del resto del Reino.

Ciertamente, esta interpretación facilita la comprensión de algunas de las crisis dinásticas macedonias, en las que las fuentes no dejan claro qué áreas pertenecían a cada pretendiente de turno<sup>23</sup>. Para los fines de este trabajo, esta modalidad segmentada de dominio ilustra las semejanzas de Macedonia con otras entidades políticas del Egeo –las polis– al tiempo que aporta una clave explicativa de la continuidad extraordinaria del monarca. A medio camino entre un dinasta persa y las modalidades de organización territorial y política de Grecia, el rey de los macedonios podía llegar a aprovechar los recursos militares propios de las ciudades griegas –por caso, el potencial de sus milicias cívicas<sup>24</sup>– tanto como autonomizarse del juego político de las poleis, en los que las tendencias igualitarias entre ciudadanos impedían la estabilidad de formas personales de autoridad política. Desde luego, el rey de los macedonios tenía otros recursos a disposición –como monopolios reales de madera y metales– así como capacidades relativamente institucionalizadas –militares, antes que nada<sup>25</sup>. Sin embargo, la particular territorialidad de su reino también explica la continuidad de esta figura, en un contexto regional en el que habían desaparecido.

En términos de las dimensiones aquí propuestas, la organización segmentada del territorio macedonio favorecía la elaboración de la asimetría política del monarca. Ciertamente, durante los siglos V y IV a.C. fueron frecuentes las crisis dinásticas o los reyes débiles<sup>26</sup>, aunque la propia monarquía no parece haber estado en discusión. Empero, Macedonia entrañaba un modo de construcción de espacialidad que, bajo ciertas condiciones, podía favorecer fuertemente a su *basileus*. Durante la expansión de Filipo II, esta forma segmentada de organización territorial fue empleada más allá de los límites tradicionales del reino: desde la subordinación de los tesalios o la conquista de territorios tracios hasta su proclamación como *hegemón* de los griegos en Corinto, el rey de los macedonios recurrió a soluciones diferenciadas, resueltas finalmente en el vínculo con su autoridad personal. Durante el helenismo, este proceso se potenció, con monarcas que elaboraban o recreaban múltiples imágenes y formas de gobierno según pueblos o ciudades<sup>27</sup>.

Desde luego, hacia el 360 a.C., Macedonia se encontraba reducida a límites mucho más estrechos. Fuera de la Baja Macedonia y las «tierras nuevas» cabe mencionar la situación de la Alta Macedonia, sobre la que los argéadas ejercían un

23. D.S. XIV, 92; L.XVI, 3,4.

24. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

25. Luragui, Nino, *op. cit.*

26. Roisman, Joseph: «Classical Macedonia to Perdiccas III», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian, *A Companion to Ancient Macedonia*, Londres: Wiley-Blackwell, 2011, pp. 145-165.

27. Strootman, Rolf: *The Hellenistic Royal Court. Court Culture, Ceremonial and Ideology in Greece, Egypt and the Near East, 336-30 BCE*. Tesis doctoral: Universidad de Utrecht, 2007.

reclamo tanto recurrente como infructuoso. A diferencia de las demás zonas, las áreas montañosas del occidente parecen haber tenido otro tipo de organización política, por lo menos hasta tiempos de Filipo y Alejandro, quienes se vanagloriaban de la construcción de ciudades y de haber hecho que sus súbditos dejaran la vida campesina<sup>28</sup>. La Alta Macedonia constituía, en verdad, un espacio de dimensiones considerables formado por varios entramados tribales, con nucleamientos regionales que daban lugar a, si se quiere, monarcas en miniatura<sup>29</sup>. Si bien en ocasiones los reyes macedonios establecieron alianzas con algunos de ellos –por ejemplo, los lincestas<sup>30</sup>–, por regla general su influencia era escasa, mucho menor –en la coyuntura de estudio– que la de los ilirios. Algunas tribus se habían encontrado bajo la órbita de grupos epirotas<sup>31</sup>, lo que demuestra que los contornos de la Alta Macedonia no habían dejado de ser, por lo menos parcialmente, la consecuencia del reconocimiento persa, luego conservado por los argéadas.

## 2.2. ENTRAMADOS TRIBALES EN EXPANSIÓN: LOS ILIRIOS

La situación de los ilirios en la primera mitad del siglo IV a.C. resulta mucho más difícil de reconstruir que la de Macedonia: para las fuentes histórico-literarias, las tribus de los Balcanes constituían actores intrínsecamente periféricos<sup>32</sup>, que irrumpían por momentos, aunque con cierta recursividad, en los asuntos de Grecia. Para peor, mientras que en relación a los tracios y la corte de los odrisios existen ciertos relatos extensos –particularmente los de Jenofonte hacia el final de su *Anábasis*–, en relación a los ilirios existe una menor precisión, incrementada por la temporalidad de la mayoría de las fuentes supervivientes. Así, las narraciones de Apiano y Estrabón –en este último parcialmente perdidas– se encuentran marcadas por el contexto de producción de las élites del Imperio romano y de una memoria focalizada en la conquista de las tribus situadas sobre el Adriático<sup>33</sup>. Con Diodoro y, en menor medida, Justino –que reconstruyeron el ascenso macedonio– esta dificultad se encuentra un tanto atemperada, aunque sea por las temáticas que cubren.

En las últimas décadas, el giro literario en la interpretación de estas fuentes ha impugnado la tendencia a homologar el término ilirio presente en estos textos<sup>34</sup>.

28. Plut. *Alex*, 8.

29. Hammond, Nicholas, 1991.

30. Greenwalt, William, *op. cit.*

31. Hammond, Nicholas, *op. cit.*

32. Wilkes, John: *The illyrians*, Oxford, Blackwell, 1992.

33. Dzino, Danilek: «Deconstructing 'Illyrians': Zeitgeist, changing perceptions and the identity of peoples from ancient Illyricum», *Croatian Studies Review-Časopis hrvatskih studija*, 5 (2008), pp. 43-55.

34. *Ídem*.

Así, ya a fines de los 70', Hammond discutía la supuesta existencia de un reino ilirio relativamente unificado, remarcando como sus reyes – *basileis* en las fuentes– deben haber correspondido a distintos entramados regionales, con variados predominios tribales según la coyuntura<sup>35</sup>. Siguiendo esta línea, Džino ha resaltado como los abordajes etnográficos de la antigüedad se integraban en operaciones cognitivas que permitían mapear áreas consideradas remotas. Como resultado, las nominaciones étnicas se encontraban sujetas a frecuentes modificaciones, que confundían tanto a autores antiguos como a modernos<sup>36</sup>. Por caso, existe cierto consenso en que Bardileo pertenecía a los dárdanos –situados al norte de la Alta Macedonia–, mientras que los romanos enfrentaron a los autarideos, ubicados en torno a la presente frontera entre Albania y Montenegro.

Más allá de las dificultades de ubicación geográfica, los contornos regionales de estos reyes indican el incipiente proceso de organización de los ilirios hacia el 400 a.C. Sus exitosas incursiones sobre Macedonia<sup>37</sup> y Epiro<sup>38</sup> deben ser situadas, por tanto, en ese contexto<sup>39</sup>, que imponía una particular configuración política, con su respectiva organización del territorio.

El tránsito de estructuras societales basadas en el parentesco a modalidades de autoridad política propias de entramados tribales ha sido pensada en términos del desarrollo de lo que Sahlins denominó reciprocidad generalizada<sup>40</sup>. Las especificidades de esta configuración social son pertinentes para comprender la recursividad de las incursiones ilirias sobre los pueblos –*ethnos*<sup>41</sup>– del norte de Grecia.

A diferencia de su forma simple, que actualiza en el tiempo una serie de dones y obligaciones, la reciprocidad generalizada construye una jerarquía en torno al *big man* a medida que se recrea en el tiempo<sup>42</sup>. Al remarcar la preeminencia de estas figuras conforme se prolonga el intercambio, el modelo de evolución antropológico de Sahlins no sólo tiende puentes entre estructuras de parentesco y autoridades políticamente consagradas sino que recuerda como la temporalidad de los dones no es la de una simple transacción: su sentido se enmarca en una obligación personalizada al tiempo que abstracta, en términos de la ocasión y los recursos que la concretarán en el futuro<sup>43</sup>. Los *basileis* regionales que las fuentes griegas y latinas nominan como ilirios probablemente se encontraban próximos a este modo de organización fundado en la reciprocidad antes que la redistribución<sup>44</sup>, con *big men* con alcance regional y exigencias personalizadas de acompañamiento.

35. Hammond, Nicholas, 1966.

36. Džino, Danilek. «'Illyrians' in ancient ethnographic discourse», *Dialogues d'histoire ancienne*, 402 (2014), pp. 45-65.

37. D.S, XIV, 92

38. D.S, XV, 13

39. Wilkes, John, 1992.

40. Sahlins, Marshall: *Economía de la Edad de piedra*, Madrid, Akal, 1997.

41. Hammond, Nicholas, 1991.

42. Sahlins, Marshall, *op. cit.*

43. *Idem.*

44. Polanyi, Karl, Arensberg, Conrad, Pearson, Harry: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona,

Sin embargo, la capacidad de estas figuras en actualizar su jerarquía no se reducía a un mero intercambio situado. Validar su asimetría implicaba tanto la posesión relativamente regular de ciertos recursos como la construcción de una representación que exteriorizara en un plano de sentido su posición desigual. Estos dos elementos –los bienes a distribuir y la ostentación de un prestigio– motorizaban esa actualización y aportan una comprensión sociológica –es decir, a partir de su configuración práctica<sup>45</sup>– de numerosos acontecimientos que pueblan las fuentes histórico literarias.

Por ejemplo, los saqueos regulares, prácticamente anuales, que dichas fuentes reducen a un indicador de barbarie poseían una razón económica, vinculada a la necesidad de una posesión extraordinaria de recursos que podía ser satisfecha mediante incursiones rápidas aunque destructivas. De esta manera, las menciones a ataques de peonios, ilirios o tracios que Diodoro suele asemejar a otras operaciones militares entre los griegos<sup>46</sup> involucraban prácticas diferentes, por más que incluso los ejércitos helénicos solían abastecerse mediante formas no tan alejadas, como recomendaba Demóstenes a sus conciudadanos<sup>47</sup>.

Si bien las referencias al encuentro con reyes ilirios son escasas, el relato que brinda Justino de la expedición de Filipo II contra los escitas de Ateas ejemplifica cómo una posición asimétrica anclada en la reciprocidad debía elaborar un sentido que exteriorizara su primacía. Siempre siguiendo a Justino, el líder escita desarrolló lo que hoy se denominaría una estrategia de presentación<sup>48</sup> fuertemente unilateral, reclamando la posesión de las mayores fuerzas entre todas las tribus<sup>49</sup> –luego, ante la derrota y las exigencias de Filipo, desarrolló una presentación diametralmente opuesta<sup>50</sup>. De la misma forma, la necesidad de monarcas y generales por realizar expediciones a sitios lejanos –llegar a la desembocadura del Istros<sup>51</sup>, cruzarlo<sup>52</sup>– o vencer a ciertos rivales se explica parcialmente por la exigencia de justificar esa apelación a una preeminencia personalizada, fundada –en el plano del sentido– en ciertos rasgos individuales (carisma, fuerza militar, etc.).

Así, las acciones de los reyes tribales pueden ser comprendidas en el andamiaje práctico que cualificaba su posición, distanciándolo de otros sujetos subordinados. La regularidad de saqueos, marchas o ataques guardaba razones sociológicas que, por ejemplo, resultan de importancia al momento de explicar el contexto inicial del reinado de Filipo II. Sin embargo, el intercambio –pacífico o, usualmente, conflictivo– con actores ajenos al entramado tribal (los griegos o macedonios, por

---

Labor universitaria, 1976.

45. Elias, Norbert, 2015.

46. D.S, XVI, 3.

47. Dem., *Cuarta Filípica*, 23-23.

48. Goffman, Erwing: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

49. Just, IX, 2, 2-5.

50. Just, IX, 2.

51. Just, IX, 2, 12.

52. Arr. I, 2.

caso), no se reducía a un mero encuentro de entidades completamente exteriores las unas de las otras. Como se desarrollará más adelante, este tipo de acciones involucraba una dimensión recursiva, en la que la interacción, aún violenta, podía involucrar prácticas y expectativas, favoreciendo cierto repertorio.

¿Cómo organizaba semejante elaboración de asimetría política a la territorialidad circundante? En tanto la evidencia acerca de los ilirios es escasa, se han establecido posibles analogías con las tribus que conformaron el Reino de los molosos –luego Epiro, hacia el helenismo<sup>53</sup>. Al igual que los macedonios, la etnicidad epirota es objeto de debate y se ha especulado con cierta distancia entre la élite molosa –que empleaba un dialecto helénico– y la población subalterna, quizá más semejante a las tribus ilirias que habitaban la moderna Albania<sup>54</sup>. En todo caso, en el territorio epirota, una serie de grupos tribales se aglutinó bajo la forma de *clusters*, nodos regionales de interacción, con autoridades elegidas por asambleas y llevando al surgimiento de cierta jerarquía, en la que los integrantes de algunas tribus adquirían una dimensión «real», de gobierno sobre un área, ocupando un rol de importancia como mediadores entre grupos o frente a empresas conjuntas –por caso, militares, religiosas<sup>55</sup>.

Esta espacialidad se ajustaba no sólo al área septentrional cercana al Mar Jónico sino a algunas tribus de la Alta Macedonia, que oscilaban entre liderazgo más abarcativos –como los que reclamaban los argéadas desde las expediciones persas<sup>56</sup>.

De esta manera, una gran área montañosa, de poblamiento disperso y con fronteras difusas entre grupos que se consideraban helénicos –o aspiraban a ser reconocidos como tales<sup>57</sup>– y conjuntos más cercanos a los ilirios puede haber desarrollado una forma de organización territorial semejante, caracterizada por conjuntos regionales agrupados en nodos, con jerarquías superiores un tanto difusas, ligadas a figuras nominadas como reyes en la fuentes, pero que mantenían, en el mejor de los casos, una infraestructura extensiva sobre estos territorios<sup>58</sup>.

Ahora bien, quienes aspiraban a semejante rol podían traspasar los contornos de esta suma de nodos tribales. Por caso, los reyes macedonios gobernaban de modo segmentado sobre una serie de poleis, que guardaban escasa similitudes con los entramados de la Alta Macedonia. Asimismo, el espacio de influencia de los reyes ilirios podían traspasar estas zonas montañosas, escasamente pobladas, que para en las fuentes clásicas tienen a aparecer como remotas y periféricas<sup>59</sup>. Las incursiones de Bardileo sobre Epiro y Macedonia dilataron su influencia, llevándola a territorios bajo formas de organización territorial heterogéneas

53. Mcinerney, Jeremy, *op. cit.*

54. Hammond, Nicholas, *op. cit.*

55. Mcinerney, Jeremy, *op. cit.*

56. Sprawski, Sławomir, *op. cit.*

57. Hammond, Nicholas, *op. cit.*

58. Mann, Michael, 1997.

59. Dzino, Danilek, *op. cit.*

en comparación al núcleo dárdano del norte. Al mismo tiempo, este modo de organización territorial contenía fuertes límites. Al suponer la recreación de un intercambio personalizado pero asimétrico, la expansión tribal necesitaba interlocutores análogos a sus prácticas. Frente a sociedades más complejas, como ciudades o la misma Baja Macedonia, esta interlocución resultaba dificultosa sin una contraparte de la jefatura iliria. Dicho de otra manera, de ser exitosas, las expediciones requerían de monarcas o pretendientes que aseguraran la victoria iliria, aportaran tributos y validaran en sus actos cierta subordinación. Este repertorio de interlocuciones resulta, una vez más, de importancia al momento de interpretar las escasas fuentes sobre el período.

### 3. ILIRIOS Y MACEDONIOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO IV A.C

En esta sección se repasarán las relaciones entre ilirios y macedonios en las primeras décadas del siglo IV a.C. A partir de las dimensiones construidas se buscará interpretar la información provista por las fuentes histórico-literarias, buscando –en la medida de lo posible– colocar el foco en la acción de los ilirios antes que concebirlos como un elemento periférico e intermitente en el norte de Grecia.

Justino tiende a hipostasiar las incursiones ilirias prácticamente hasta los comienzos del Reino de los macedonios, ubicándolas hacia principios del siglo VI a.C.<sup>60</sup>. Heródoto también traza, a grandes rasgos, el área poblada por los ilirios hacia fines de ese siglo, aunque sin dar cuenta de semejantes luchas con los macedonios y con mayor imprecisión en relación a su espacialidad<sup>61</sup>. Por el contrario, a partir del reinado de Pérdicas II –finalizado en el 413 a.C.– las menciones a entramados tribales ilirios son más certeras y permiten una reconstrucción más exacta.

Tucidides relata cómo, en el contexto de la expedición de Brásidas a la costa tracia, Pérdicas reclutó una serie de mercenarios ilirios<sup>62</sup>, con los que buscaba vencer a Arrabeo, rey de Lincestis –uno de los grupos tribales que componía la Alta Macedonia<sup>63</sup>. Desde luego, Pérdicas seguía uno de los objetivos de la política macedonia, que databa del reinado –más estable– de Alejandro I, en tiempos de las expediciones persas. La novedad, en cambio, radicaba en la presencia de los ilirios, quienes trocaron de patrón y definieron el enfrentamiento en desmedro de Pérdicas.

Si se observa el episodio desde los acontecimientos posteriores, no caben dudas de un incremento relativamente rápido de la influencia iliria sobre las tierras

60. Just., VII, 2.

61. Dzino, Danilek, *op. cit.*

62. Th. IV, 125.

63. Hammond, Nicholas, *op. cit.*

montañosas entre Macedonia y Epiro. El hecho de que los mercenarios ilirios fueran decisivos –incluso con un contingente espartano de importancia<sup>64</sup>– y que las referencias siguientes en términos cronológicos –las de Diodoro<sup>65</sup>– den cuenta de una presencia iliria masiva, permiten intuir un proceso de consolidación de las cadenas de reciprocidad generalizada y de aglutinamiento en *clusters* tribales. Fueran o no dárdanos –la tribu de Bardileo– quienes pactaron con Pérdicas, su llegada marca la capacidad de su agrupamiento por desarrollar interacciones cada vez más amplias, con mayor escala geográfica. La decadencia macedonia ciertamente invitaba al saqueo de parte de las tribus lindantes pero ellas debían haber atravesado ciertos procesos de organización política, que los configuraran socialmente para llevar a cabo semejantes acciones y que, al mismo tiempo, los impulsaran a ellas.

Así, las décadas siguientes estuvieron marcados por un predominio ilirio cada vez más acentuado sobre los asuntos macedonios. Ellos dejaron de constituir una presencia foránea, externa –incluso extraordinaria– en el escenario del Egeo para devenir una potencia de peso, decisiva en las dinámicas políticas internas del Reino de los macedonios. Si bien las fuentes greco-latinas obligan a periodizar su expansión a partir de los acontecimientos helénicos –y, por tanto, a construir una narrativa que tiende a otorgarles un rol secundario– su primacía sobre los pueblos del norte de Grecia resulta clara.

El reinado de Amintas III (393/388 – 387/370 a.C.) puede ser caracterizado como uno de enfrentamiento –y, aunque sea, temporal– derrota ante los ilirios a otro de progresiva subordinación. La creciente capacidad de los ilirios se concretó, con seguridad, en dos incursiones –una sobre Macedonia<sup>66</sup> y otra sobre Epiro<sup>67</sup>–, además de una segunda sobre los macedonios que se encuentra discutida<sup>68</sup>. Cabe destacar que en las primeras dos, los ilirios fueron capaces de establecer un gobernante afín en esos territorios por lo que la selectividad de las fuentes bien puede ser el efecto de un relato politicista, que tiende a interesarse por acontecimientos de fuerte impacto sobre quienes ocupan magistraturas. Las dinámicas tribales –la iliria/dardana no debe haber sido excepcional– requerían de constantes incursiones para mantener la jerarquía de la reciprocidad generalizada; como se mencionó, las incursiones y el saqueo le eran intrínsecas y cabe pensar que sólo las de mayores efectos fueron incluidas en las fuentes. Se repasarán brevemente esos tres acontecimientos para luego establecer vínculos con la particular forma tribal de organización del territorio y elaboración de autoridad política.

---

64. Th. IV, 125.

65. D.S. XIV, 92.

66. D.S. XIV, 92.

67. D.S. XIV, 13

68. Greenwalt, William, *op. cit.*

Diodoro relata una incursión iliria exitosa en el 393 a.C, apenas asumido Amintas III<sup>69</sup>. Los invasores parecen haber colocado a un pretendiente afín –Argeo II<sup>70</sup>– que se mantuvo en el trono casi dos años, antes de ser expulsado por Amintas y sus aliados tesalios. En este contexto, se produce la cesión de las «tierras nuevas» a los calcídeos, que ya fue mencionada previamente<sup>71</sup>.

Luego, la participación iliria en la invasión al Epiro junto con Dionisio de Siracusa rebela un mayor involucramiento en las dinámicas políticas griegas: los ilirios –siempre en relato de Diodoro<sup>72</sup>– recibieron armamento e integraron las fuerzas siracusanas. Restablecido Alcetas en el trono moloso, se enfrentaron a los habitantes, protagonizando una masacre. El episodio contiene similitudes y distancias con el anterior: en los dos, los ilirios no fueron ajenos al juego político local; por el contrario, estuvieron, como mínimo, interesados en quién ocuparía el trono y, de máxima, posicionaron a monarcas afines –en una suerte de paralelo epirota de Argeo II. En cambio, el rol de Dionisio de Siracusa complejiza el caso: Diodoro tiende a otorgarle el protagonismo –diciendo que buscaba controlar el Mar Jónico<sup>73</sup>– y genera cierto efecto de sentido en el que los ilirios empiezan siendo un actor marginal (en el origen de la expedición), aunque acaban teniendo centralidad (en el saqueo posterior).

Finalmente, Diodoro registra una tercera invasión iliria, nuevamente sobre Macedonia, aproximadamente una década después de la primera. La descripción es sospechosamente semejante: Amintas es derrotado por los ilirios, aparentemente pierde el poder y cede los olintios una porción de su reino<sup>74</sup>. En efecto, las similitudes son las suficientes como para suponer una confusión en el relato de Diodoro, preocupado antes en explicar la guerra espartana contra los calcídeos que en los asuntos macedonios<sup>75</sup>. Sin embargo, otras razones tienden a apoyar la existencia de esta segunda invasión: una única incursión iliria hacia el sur resulta difícil de aceptar en un contexto de apogeo y Diodoro bien puede haber asemejado acontecimientos diferentes, pero con paralelismos prácticos<sup>76</sup>.

Ahora bien, de mayor interés para comprender las posibles consecuencias de esta invasión resultan los sucesos posteriores de la corte macedonia. Luego de las guerras con ilirios, Justino –en lo inmediato<sup>77</sup>– y Diodoro –mucho después, tras la segunda guerra con Olinto<sup>78</sup>– pasan a la compleja figura de Eurídice, una de las dos esposas de Amyntas, inscrita, en esas fuentes, en una narrativa

69. D.S, XIV, 92.

70. D.S, XIV, 92, 4.

71. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

72. D.S, XV, 13.

73. D.S, XV, 13.

74. D.S, XV, 19.

75. D.S, XV, 19-23.

76. Greenwalt, William, *op. cit.*

77. Just, VII, 4.

78. D.S, XIV, 19.

relativamente clásica de intrigas reales, caracterizadas por inmoralidades varias<sup>79</sup>. El origen de Eurídice ha sido objeto de discusión: mientras que algunos autores la consideran iliria, otros la definen como lincesta<sup>80</sup>. La estabilidad de los últimos años de Amintas ha sido vinculada a este origen: fuera directamente iliria o de un territorio por lo menos en parte subordinado, la presencia de Eurídice en la corte aseguraba un cierto grado de influencia iliria en Macedonia, suficiente como para que Bardileo considerara que la figura de Amintas le era amigable.

Antes de continuar con el recorrido histórico, cabe detenerse sobre algunos elementos comunes a esas tres invasiones, que pueden ser comprendidos a partir del modo en que los entramados tribales como los ilirios tendían a cierta recursividad de sus incursiones y a los límites que encontraban para organizar una territorialidad más allá de cierta escala.

En efecto, aún si solo se conocen con disímil detalle tres invasiones ilirias en tiempos de Amintas III, todas ellas marcan cierta recursividad y similitudes prácticas: la incursión se caracteriza por el saqueo, por su corta duración –los ilirios siempre parecen regresar al corto plazo– y, finalmente, por el objetivo de dejar una figura política afín al mando del territorio invadido. Los primeros elementos dan cuenta de la actualización de la reciprocidad generalizada tribal<sup>81</sup>: la jefatura necesita recursos para validar su asimetría, los obtiene violentamente y prosigue en la consolidación de su autoridad. En cambio, la ambigüedad de los pretendientes macedonios y epirotas –o de Eurídice, en el último caso– exhiben el impacto cuanto los límites de este tipo de territorialidad. El carácter personalizado de la organización tribal –de las que los ilirios constituían un ejemplo– impedía una subordinación permanente de espacios con estatalidades complejas, como las ciudades de la Baja Macedonia, provistos de formas participativas<sup>82</sup>.

Si se quiere, la reciprocidad generalizada podía ser flexible, habilitando una expansión relativamente rápida –en unas décadas– de ciertas jefaturas pero no era capaz de prolongar sus prácticas más allá de cierta escala. Frente a estas dificultades, los pretendientes colocados por los ilirios constituían una solución provisoria pero útil dada la disparidad entre las configuraciones estatales. No hay modo de saber qué desafíos enfrentaba Bardileo en otras zonas de los Balcanes –las tribus ilirias solían enfrentarse entre sí, en especial las más próximas al Adriático<sup>83</sup>– pero figuras como Argeo II, Alcetas o quizá Eurídice constituían un modo de extender una influencia territorial, bajo otras formas, quizá endeble, pero que brindaba cierta eficacia. Al mismo tiempo, el establecimiento de interlocutores estabilizaba ciertas condiciones de los territorios subordinados: los últimos años de Amintas parecen haber sido

79. Just, VII, 4.

80. Para una revisión, veáse Greenwalt, William, *op. cit.*

81. Sahlins, Marshall, *op. cit.*

82. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

83. App. *Hist. Rom*, X, 3.

económica prósperos<sup>84</sup>. El vínculo con una potencia más fuerte aseguraba, además, la preeminencia de este tipo de actores hacia el interior: si Amintas había cedido con la elección de Eurídice como esposa, también es cierto que no tuvo que enfrentar nuevos pretendientes ni expulsiones violentas de su trono. Además, de haber sido ella de origen lincesto, Amintas habría obtenido una mayor vinculación con uno de los reinos más importantes de la Alta Macedonia.

Desde esta perspectiva, la importancia de los ilirios hacia mediados del siglo IV a.C. resulta aún mayor de lo que las fuentes ilustran. El norte de Grecia conservaba una autonomía ligada a la extensión de la influencia de Bardileo, que –por más limitada que fuera– contaba con una capacidad militar mucho mayor, por el momento, que la de los reinos macedonio o moloso. Sin embargo, la subordinación puede haber tenido efectos ambiguos sobre estos reinos, en especial en Macedonia.

#### 4. CRISIS Y RECUPERACIÓN: DE ALEJANDRO II AL ASCENSO DE FILIPO II

Más allá de los alcances de la primacía iliria, a la muerte de Amintas se inició un nuevo período de inestabilidad en Macedonia, que tuvo repercusiones en sus relaciones foráneas. El período que comienza con la guerra de Alejandro II (hacia el 370 a.C.) y culmina con la derrota de Bardileo ante Filipo II (358 a.C.) estuvo marcado por los efectos disímiles que los ilirios generaron así como por las ambivalencias de la postura macedonia. Comprender el vínculo entre la organización territorial de ilirios y macedonios, así como los conflictos entre ellos, resulta central para historizar la rápida expansión del Reino de los macedonios a partir de Filipo.

Durante su corto reinado –de aproximadamente año y medio– Alejandro II parece haber intentado a una política exterior activa, en contraste con los últimos años de Amintas. Diodoro menciona un conflicto en Tesalia, en el que participó en ayuda de los tradicionales aliados de Larissa<sup>85</sup> –un escenario no tan diferente al de Filipo II una década después. Luego, Justino da cuenta de una guerra con los ilirios, saldado con una derrota y la entrega del futuro rey Filipo como rehén. Las causas de esta guerra –tras probables 15 años de paz– no son conocidas. La iniciativa puede haber partido de los macedonios<sup>86</sup>. Sin embargo, cabe advertir que los arreglos personalizados –como los que pueden haber vinculado a Bardileo con la corte de Pella– solían depender fuertemente de la reciprocidad de las partes; extinta una de ellas (Amintas), la continuidad era todo menos autoevidente. En estas condiciones, la situación anterior podía renovarse o resolverse por una vía

84. Greenwalt, William, *op. cit.*

85. D.S, XV, 67.

86. Just, VII, 5.

violenta, objetivando un auténtico repertorio de interlocuciones esperadas. En efecto, este patrón se repetiría tanto con el ascenso de Pérdicas III y Filipo II.

En todo caso, poco después del conflicto con los ilirios, Alejandro II fue asesinado por Ptolomeo de Aloro, quien asumió la regencia ante la minoría de edad de Pérdicas III. La crisis tuvo repercusiones regionales, con la participación de tebanos y atenienses y trastocando la influencia que los argéadas pueden haber tenido sobre la Alta Macedonia<sup>87</sup>. Justino identifica el asesinato con las intrigas de Eurídice, lo que ha sido interpretado en línea con la posible influencia iliria –o de sus partidarios– en la corte<sup>88</sup>. Si bien las confusiones del fragmento de Justino<sup>89</sup> quitan fiabilidad a la cita, durante los tres años de regencia de Ptolomeo no hay evidencia de un conflicto con los ilirios, en claro contraste con Alejandro II y –más aún– con Pérdicas III<sup>90</sup>.

Este último, en cambio, parece haber invertido nuevamente la relación. Pérdicas buscó extender su influencia sobre la Alta Macedonia, combinándola con una alianza con los molosos<sup>91</sup>. Para Bardileo el desafío debe haber sido claro: por lo menos se enfrentó a Pérdicas en dos ocasiones, en una de ellas –según Diodoro<sup>92</sup>– con un ejército numeroso. La batalla fue desastrosa para los macedonios: Pérdicas murió junto con buena parte de su ejército y los ilirios saquearon las tierras bajas, antes de regresar hacia el norte, luego de que Bardileo obtuviera alguna suerte de nuevo arreglo, fuertemente favorable a sus intereses<sup>93</sup>. Macedonia era, en palabras de Diodoro, «esclava de los ilirios»<sup>94</sup>: debía pagar tributo y la Alta Macedonia se encontraba, aunque sea parcialmente, ocupada<sup>95</sup>, lo que supondría cierta dependencia personalizada más estrecha hacia Bardileo.

Para la narrativa clásica acerca del ascenso macedonio –que quizá Diodoro tomó de Éforo–, tras la derrota de Pérdicas, el Reino se encontraba ante la peor de sus crisis. No hay dudas de que la victoria iliria había sido de las mayores hasta el momento –o por lo menos con el impacto suficiente para superar la selectividad de las fuentes históricas. Empero, cabe notar cómo sus limitaciones se encontraban en la especificidad de su espacialidad construida: Bardileo no parece haber intentado desplazar a Filipo ni colocar a un pretendiente –al estilo de Argeo II, por ese entonces aliado a los atenienses<sup>96</sup>. Por el contrario, modificó el ya favorable equilibrio de fuerzas, incrementando su asimetría y confió en Filipo algún tipo de interlocución.

En efecto, Diodoro no menciona un tipo de tratado entre macedonios e ilirios pero el relato de la batalla en la que finalmente Filipo resultará victorioso da a

87. Greenwalt, William, *op. cit.*

88. Just, VII, 5,4.

89. Just, VII, 5, 6.

90. Greenwalt, William, *op. cit.*

91. *Idem.*

92. D.S, XVI, 2.

93. Ellis, John, *op. cit.*

94. D.S, XVI, 1, 3.

95. D.S, XVI, 4.

96. D.S, XVI, 2, 6.

entender que existía, mínimamente, cierto arreglo. Ellis considera que el matrimonio de Filipo con Audata, hija de Bardileo, data este primer momento, en el que Macedonia se enfrentaba a peonios, tracios y atenienses<sup>97</sup>. Un acuerdo así explicaría, efectivamente, por qué los ilirios se habían retirado en una circunstancia militarmente tan favorable, por qué Filipo pudo focalizarse en otros desafíos y, finalmente, por qué el reinicio de las hostilidades fue iniciativa macedonia.

Por lo tanto, en los meses posteriores a la muerte de Pérdicas, el equilibrio se había desbalanceado en desmedro de los macedonios pero se trataba de una situación configurada sobre la base de prácticas previas, con modalidades de interlocución esperadas. Paradójicamente, Filipo sobrevivió a sus primeros meses en tanto ya existían formas sociales que permitían una subordinación a los ilirios que, ambiguamente, brindaban tiempo al macedonio para resolver otros desafíos, sea por la vía militar –contra Argeo<sup>98</sup>–, pagando a saqueadores –los peonios<sup>99</sup>– o simplemente retirándose y cediendo ante los rivales regionales –Atenas en relación a Anfípolis<sup>100</sup>, los ilirios.

Así, si la coyuntura del 359 a.C. se relata desde la perspectiva de los ilirios, Filipo constituía un pretendiente afín, con el que se había obtenido un acuerdo sumamente favorable, que quizá pretendía recrear el balance establecido con Amintas a partir de su matrimonio con Eurídice. Mientras tanto, la territorialidad ilirio/dardana se había visto incrementada a partir de subordinaciones análogas sobre los reyes de la Alta Macedonia. Bardileo, ya entrado en años, no tendría mayores razones para no regresar al norte. Desde esta mirada, los ilirios constituían un actor primordial de la primera mitad del siglo IV a.C., con ciertas aspiraciones hegemónicas, sólo que socialmente moldeadas por la disparidad de prácticas de las distintas áreas macedonias, por un lado, y de los entramados tribales de este grupo ilirio, por el otro. Incluso los tiempos de este conflicto, aún cuando involucraban iniciativas macedonias (Alejandro II y Pérdicas III) resultan comprensibles antes que nada por los estilos de la primacía iliria sobre las regiones circundantes.

De ahí que, ante la reanudación del conflicto por Filipo II, Bardileo tuviera escasos intereses en una batalla: como se mencionó, Diodoro señala que propuso regresar al status-quo previo<sup>101</sup>, es decir, continuar una situación que le asegurara un grado de subordinación inédito sobre Macedonia. Para los macedonios, en cambio, la batalla contra los ilirios parece haber actuado como un incentivo de su movilización: en un contexto en que la condición de regente de Filipo se encontraba disputada, en que numerosos actores regionales buscaban aprovechar la debilidad macedonia, el ejército real parece haber alcanzado los diez mil hombres

97. Ellis, John, *op. cit.*

98. D.S, XVI, 3,6.

99. D.S, XVI, 3,4.

100. D.S, XVI, 4,2.

101. D.S, XVI, 4.

–un número sospechosamente preciso en el relato de Diodoro<sup>102</sup> pero que indica, por lo menos, el éxito de Filipo en reunir fuerzas contra los ilirios, más aún con el antecedente de Pérdicas. Una vez más, las modalidades de interlocución subordinante y personalizada que vinculaban a potencias surgidas a partir de entramados tribales podían tener efectos ambiguos: frente a una crisis semejante, la monarquía macedonia no resultó impugnada sino fortalecida.

El desenlace de la batalla es conocido. La falange macedonia venció a los ilirios, acabando con una amplia porción de sus tropas. Las fuentes no indican qué le ocurrió a Bardileo, pero Diodoro indica que las negociaciones posteriores fueron hechas por embajadores ilirios<sup>103</sup>, dando a entender que el anciano monarca había caído durante el combate. La victoria de Filipo supuso una ruptura tajante en el equilibrio de fuerzas del norte de Grecia, que interrumpió la progresiva primacía de ilirios/dárdanos, construida durante las cuatro décadas anteriores.

Ahora bien, la reformulación de la espacialidad de la Alta Macedonia no dejó de dialogar con las específicas prácticas de elaboración de territorialidad del Reino Macedonio. Filipo convirtió a los reyes tribales de las zonas montañosas en compañeros<sup>104</sup>, es decir, en una nobleza militar dependiente. Si bien el área atravesó un proceso de creciente urbanización y de adopción modular de las formas de organización política de la Baja Macedonia<sup>105</sup>, la incorporación prolongó el carácter segmentado de la espacialidad del Reino. Así, al núcleo original y las «tierras nuevas», se añadía una amplia área, en la que las pretensiones argéadas habían dejado de ser antes que nada nominales –como desde comienzos del siglo V a.C.

Esta agregación de territorios y subordinaciones, provistos de estatutos y relaciones disímiles, resueltos en última instancia en la persona del monarca marcaban un estilo de expansión radicalmente distinto al de las grandes poleis de Grecia –las ligas hegemónicas por Atenas, Esparta o Tebas, por caso. Durante las dos décadas siguientes, Filipo extendió enormemente su Reino mediante soluciones que contenían un elemento de reciprocidad personalizada –que no deja de recordar los tradicionales lazos de *proxenia*, cada vez más abordados por la literatura académica<sup>106</sup>– al tiempo que adicionaban recursos e influencias para la nueva potencia. En efecto, los arreglos de Filipo en Tesalia<sup>107</sup>, su expansión por Tracia o la proclamación como *hegemón* de los griegos en Corinto después de la batalla de Querónea<sup>108</sup>, comparten esta construcción de espacios en los que ciertos

102. D.S, XVI, 4, 5.

103. D.S, XVI, 4, 7.

104. Ellis, John, op.cit

105. Hatzopoulos, Miltiades, op. cit.

106. Hermann, Gabriel: *Ritualised friendship and the Greek city*, Cambridge, University Press, 2002; Mitchell, Lynette: *Greeks Bearing Gifts: The public use of private relationships in the Greek world, 435-323 BC*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

107. Graninger, John: «Macedonia and Thessaly», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian, *A companion to Ancient Macedonia*, Oxford, Blackwell, 2011, pp. 306-325.

108. D.S, XVI, 89.

territorios quedan subordinados a Macedonia, sólo que bajo grados y prácticas divergentes, con disímiles niveles de autonomía, pero con una remisión común al monarca. Las dimensiones de este tipo de arreglo territorial eran novedosas para Grecia. No obstante, ya se encontraban contenidas en la particular espacialidad de Macedonia.

## 5. A MODO DE CONCLUSION: ESTADOS, TERRITORIOS, CONFIGURACIONES Y ACONTECIMIENTOS

Desde la perspectiva de los acontecimientos posteriores, pocas coyunturas parecen tan críticas como las del 358 a.C: en el transcurso de unas pocas décadas, la expansión macedonia había trastocado primero al Egeo y, luego, al Imperio aqueménida. A pesar del impacto de este proceso, su comprensión no se encuentra en modo alguna resuelta.

Por lo menos desde los años 90' se ha prestado creciente atención a las características de los Estados –de Macedonia<sup>109</sup>, de Persia<sup>110</sup>– para dar cuenta de esta transformación. El modo en que políticamente se modifica la espacialidad, en que se la centraliza y se elabora territorialidad no constituye un simple escenario de los acontecimientos –batallas, en este caso. Se entronca y modifica las prácticas que los agentes pueden desarrollar, al tiempo que involucra una multiplicidad de modos de organización territorial.

En efecto, entre el Reino de los Macedonios y los entramados tribales de los ilirios/dárdanos existían grandes distancias en relación a cómo se conformaba la asimetría propia de la autoridad política y en el modo en que ésta lidiaba con la espacialidad que reclamaba. Al mismo tiempo, estas configuraciones estatales –disímiles y, en buena medida, rudimentarias– marcaban qué repertorios de acción podían llevar a cabo los respectivos monarcas.

En este trabajo se avanzó en esta clave interpretativa al momento de dar cuenta de las relaciones entre ilirios y macedonios. A su vez, se buscó –en la medida en que las fuentes lo permiten– descentrar la narrativa focalizada en griegos y macedonios, remarcando la importancia iliria en el norte de Grecia y su incidencia sobre los cambios internos de Macedonia. La combinación de un análisis centrado a las configuraciones sociales de diferentes estatalidades –heterogéneas entre sí– y una mayor atención a otros actores que impactaban sobre el Egeo constituye una línea de indagación útil para una relectura de las fuentes del período.

109. Hatzopoulos, Miltiades, *op. cit.*

110. Briant, Pierre: *From Cyrus to Alexander: A history of the Persian Empire*, Pennsylvania, Eisenbrauns, 2002.

## BIBLIOGRAFÍA

- Briant, Pierre: *From Cyrus to Alexander: a history of the Persian Empire*, Pennsylvania, Eisenbrauns, 2002.
- Dzino, Danilek: «Deconstructing 'Illyrians': Zeitgeist, changing perceptions and the identity of peoples from ancient Illyricum», *Croatian Studies Review Časopis hrvatskih studija*, 5 (2008), pp. 4355.
- Dzino, Danilek: «'Illyrians' in ancient ethnographic discourse», *Dialogues d'histoire ancienne*, 402 (2014), pp. 4565.
- Elias, Norbert: *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de cultura económica, 2015.
- Ellis, John: «Macedon and NorthWest Greece», en Boardman, James, Davies, John y Ostwald, Murray: *The Cambridge ancient history, VI, The Forth century BC*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 723757.
- Gherke, Hans: «States», en Raaflaub, Kurt y Van Wees, Hans: *A companion to archaic Greece*, London, Blackwell, 2009, pp. 395410.
- Goffman, Erwing: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- Graninger, John: «Macedonia and Thessaly», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian: *A companion to Ancient Macedonia*, Oxford, Blackwell, 2011, pp. 306325.
- Greenwalt, William: «Macedonia, Illyria and Epirus», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian, *A companion to Ancient Macedonia*, Oxford, Blackwell, 2011, pp. 277305.
- Habicht, Christian: *The Hellenistic monarchies: selected papers*, Detroit: University of Michigan Press, 2006.
- Hammond, Nicholas: «The Kingdoms in Illyria circa 400167 B.C.», *The Annual of the British School at Athens*, 61 (1966), pp. 239253.
- Hammond, Nicholas: «The «Koina» of Epirus and Macedonia», *Illinois Classical Studies*, Vol. 16, 1/2 (1991), pp. 183192.
- Hatzopoulos, Miltiades: *Macedonian Institutions Under the Kings: A historical and epigraphic study (2 tomos)*, Atenas: Kentron Hellēnikēs kai Rōmaikēs Archaioētēs, 1996.
- Hermann, Gabriel: *Ritualised friendship and the Greek city*, Cambridge, University Press, 2002.
- Luragui, Nino: «One man government: The Greeks and Monarchy», en Beck, Hans, *A companion to ancient Greek government*, London: WileyBlackwell, 2013, pp. 131145.
- Jaeger, Werner: *Demóstenes*, México: FCE, 2017.
- Mann, Michael: *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza editorial, 1997.
- Mcinerney, Jeremy: «Polis and koinon: federal government in Greece», en Beck, Hans, *A companion to ancient Greek government*, London: WileyBlackwell, 2013, 466479.
- Mitchell, Lynette: *Greeks Bearing Gifts: The public use of private relationships in the Greek world, 435323 BC*, Cambridge University Press, 2002.
- Polanyi, Karl, Arensberg, Conrad y Pearson, Harry: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor universitaria, 1976.
- Roisman, Joseph: «Classical Macedonia to Perdiccas III», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian, *A Companion to Ancient Macedonia*, Londres: WileyBlackwell, 2011, pp. 145165.
- Sahlins, Marshall: *Economía de la Edad de piedra*, Madrid: Akal, 1997.
- Spraeski, Sławomir: «The early Temenid kings to Alexander I», en Roisman, Joseph y Worthington, Ian: *A Companion to Ancient Macedonia*, Londres, WileyBlackwell, 2011, pp. 127-144.

- Strootman, Rolf: *The Hellenistic Royal Court. Court Culture, Ceremonial and Ideology in Greece, Egypt and the Near East, 336/30 BCE*, Tesis doctoral, Universidad de Utrecht, 2007.
- Wilkes, John: *The illyrians*, Oxford, Blackwell, 1992.
- Worthington, Ian: *By the spear: Philip II, Alexander the Great, and the rise and fall of the Macedonian Empire*, New York, Oxford University Press, 2014.